En su poder seguían aquellos papeles que podían asesinar moralmente á una mujer honrada. El infame no había podido herir en el corazón á Santiago Roquevert, pero podía atacar á Genoveva, podía hacer empañar el nombre de Enrique con el pasado deshonor de su madre.

¿Y qué hacer contra aquel miserable? Penetrar en su casa como en un antro, arrancarle aquellas cartas de Genoveva, aquellos certificados de la alcaldía y amenazarle con la muerte si se atrevía..... ¡Ah, todo esto era una locura, un imposible! ¡Esto era dar gusto á aquel bandido, era amotinar á la multitud, con el pretexto de evitar el ruído! ¡Pero qué bribón y cobarde era el tal hombre!

Enrique procuraría hallar algún medio de arreglar aquel desagradable asunto y se prometía conseguirlo. Elena quedó inquieta y con miedo, y no obstante bendiciendo la suerte. Pasaron algunos días, y Elena, automáticamente, seguía concurriendo á sus ensayos, preocupada con sus propios dolores y preguntándose muy asustada si Monerol estaría trabajando en la sombra, ó, lo que era más temible, en pleno día, con el propósito de armar un escándalo, y por otro lado temiendo de sí misma y tratando de indagar si el afecto que sentía por Felipe Marcy estaba demasiado arraigado. Insensiblemente se dejaba seducir por el consuelo que Felipe la prodigaba. El sufrimiento que había encarnado en ella la infamia ó la traición de Saint-Ives se adormecía escuchando las palabras de Marcy. No era amor lo que ella sentía por aquel amigo de las horas dolorosas, era una simpatía profunda que se infiltraba en ella cada día más, y



que por momentos adquiría más fuerza, hasta tal punto que Elena se preguntaba á dónde le conduciría aquella afección nacida entre la amargura del llanto.

Su amistad se parecía á un lago tranquilo, pero en el fondo se agitaba el amor.

Y tanto le inquietaba esta preocupación á la joven, que en una nueva entrevista, cuando Felipe dejó escapar, ó más bien adivinar, entre sus penas, entre la nueva vida que arrastraba desconsolado y maltrecho, así como una declaración amorosa, ella quiso decirle que leía claramente en su corazón, que antes de confesarse á sí mismo el sentimiento que experimentaba, ella lo había comprendido, lo había visto crecer en el silencio mismo de aquel marido, que buscaba en la amistad el calor tibio del hogar desierto.

—Sé que me amáis—le decía ella con aquella leal franqueza que era el encanto de su dulce belleza;—lo sé, y yo también os amaría si tuviera el derecho de amaros. ¿Pero á qué, tanto uno como otro, hemos de acariciar tan hermoso sueño? Yo llegué á creer que mi vida estaba para siempre trazada. En este mismo mundo en que vivo había encontrado un hombre que me prometió su apellido. Con él hubiera podido llegar á ser, aun continuando de actriz, una madre de familia y una mujer honrada, cosa difícil, según dicen. No lo quiso así la suerte, y esto me ha dado ocasión de aprender en pocas horas lo que es la alegría inmensa de un corazón que se abre y el dolor profundo de un corazón que destrozan. Aquella traición vive siempre en mí como si fuese una espina

clavada en mi cuerpo. La herida no sangra, pero está abierta. Jamás hubiera sido la querida de aquel hombre, jamás seré la vuestra, y sin embargo, á esto vendría á parar si nosotros nos amáramos..... Lo que Saint-Ives me prometía vos no podéis ofrecérmelo: sois casado. ¡Tampoco sé si aceptando el nombre de un actor aceptaría el de un hombre de vuestra fama! Aunque yo fuese libre, no era fácil que se casara con una actriz quien se llama Felipe Marcy, como no puede ser la querida de nadie la que se llama Elena Gervais. ¡Oh! mi orgullo no es dominante—dijo con triste sonrisa;—recuerdo sólo que la pobre mujer que me educó me enseñó á ser, antes que todo, una mujer honrada.

Hablaba Elena con una dulzura resuelta, en tono bajo, pero enérgico y lentamente. Melancólico y con los ojos cerrados, Felipe escuchaba aquellas palabras como si fuesen acompañadas de una lúgubre armonía. Estaban dichas con una sencillez demasiado verdadera para no conmoverle hasta lo profundo de su ser, pareciéndole al oirlas que escuchaba la lectura del decreto de muerte de una esperanza, como si un viento frío y seco de invierno arrastrara las últimas hojas del árbol. El melancólico cielo gris de las tardes de otoño parecía rodear aquella fría sentencia de Elena, en la que sin embargo hubiera podido verse el esfuerzo de un ser que lucha por detenerse en el camino por el que le podría impulsar su amor. En el pobre corazón de Felipe parecía que se deslizaba un no sé qué triste y sepulcral. ¡Aquel nuevo amor moría al nacer! En el camino que le había trazado Elena, no había salida. La palabra *querida*, enérgicamente pronunciada por los castos labios de la joven, le irritaba á él mismo como un ultraje inferido á aquella honradez. Sí, ciertamente; Elena tenía razón. Aquellos dos seres á quienes el amor había martirizado no podían ya amarse. No podían amarse con dignidad, y demasiado orgullosos para descender, demasiado seguros de sí mismos también para perderse el uno con el otro, estaban obligados á sobrellevar el peso cruel de sus sufrimientos inconsolables y de su amistad, la cual no podía, sin mengua de su honra, trocarse en amor.



Entonces, bajando la cabeza bajo aquella especie de sentencia dictada por Elena, creía Marcy que envejecía por minutos y que ante sus ojos y ante sus esperanzas se extendía un negro velo. Todo parecía acabar y hundirse á su alrededor. Poco á poco se iba sintiendo en la sombra como el hombre que después de una ascensión por el infinito desciende á tierra, tocando las tristes realidades. Mientras Elena hablaba, él inclinó la cabeza como el que buscando lo imposible se encuentra la nada al fin de sus trabajos. ¡Vaya, la cosa estaba resuelta! ¡Elena tenía razón! ¡No podían, en conclusión, amarse! La fría amistad se imponía á aquellas dos víctimas desconsoladas, á quienes la traición de los otros ni siquiera les había libertado. No había que pensar ya en ser esposo, ni soñar en ser el amante de aquella mujer; únicamente podía ser su padre; y en aquella confusa y triste sombra que le rodeaba, entreveía como su solo consuelo, la alegre sonrisa, y la carita de rosa de su hijo.....

En aquellos momentos, mientras Elena estaba meditando en los dos peligros que le amenazaban, el amor creciente de Felipe Marcy, amor triste y que con firmeza acababa de desterrar á lo imposible, y el odio de Monerol desencadenado contra Enrique y su madre, la suerte se interpuso entre los proyectos del cómico y los desgraciados á quienes quería atacar.

Una tarde, cuando Enrique volvía á su casa, la vieja Susana puso en sus manos una carta cuya letra temblorosa, como la de un anciano, le era desconocida. Antes de abrirla, Enrique pensó que sería una de esas peticiones de dinero que á todas partes dirigen los pobres y los vagos. Aquel sucio papel parecía que trascendía á alcohol, y de pronto el joven se acordó de la cara embotada y como infiltrada de ajenjo de Monerol. Aquella carta era una amenaza, una indicación para que en un plazo dado depositaran una cantidad que más adelante fijaría Monerol, á menos que no prefiriesen el ruido de un proceso público. Enrique palideció de ira, y más al ver que el miserable decía preferir lo que en aquel papelucho se atrevía á llamar «un arreglo amistoso». La idea de ceder ante tal hombre, de obedecer las intimaciones de tan despreciable ser, indignaba á Enrique. Tenía ante su vista la carta, leyéndola con rabia, cuando entró Genoveva y fijó en él su fría mirada, apercibiéndose de su cólera. Con la mayor calma preguntó á Enrique qué era lo que aquella carta contenía. Al pronto vaciló pensando en romper aquel papel que estrujaba entre sus dedos; pero luego, como si obedeciese una orden, lo entregó á su madre. Ni



un músculo del rostro exangüe de aquella mujer se contrajo mientras descifraba las líneas escritas por aquel miserable. Con un gesto frío, devolvió la carta á Enrique diciéndole tranquilamente:

—Quizá es la expiación.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!—murmuraron sus labios por lo bajo.

¡La expiación! Ella se resignaba á todo, á la humillación, al sufrimiento, á todo, para borrar su pasado y ganar el cielo.

—Pero en este castigo—le decía Enrique—va incluído el nombre de Roquevert, y sobre aquella tumba, que acababa de cerrarse, caería el escándalo. A cualquier precio, sí, á toda costa se hacía preciso desarmar á Monerol, obligarle á que callara. ¿Y cómo?

El actor no hablaba en áquella carta de su hija. Enrique estaba tentado de revelar á Genoveva la existencia de Elena; pero ésta quería permanecer ignorada; le había hecho prometer á Enrique que nada diría, y por otra parte, el hijo temía que á la madre se le ocurriera ver en aquella hija un instrumento dócil de Monerol. Nada dijo, dejando á Genoveva en su impasible resignación; pero sintiendo crecer el peligro pasó una noche de insomnio, buscando un medio para desviar la amenaza de Monerol.

¿Pagar? ¿Comprar la huída de aquel hombre? Sí, sin duda. ¡Pero era una cobardía! Además, ceder era inútil. Monerol, engolosinado con aquello, volvería á pordiosear. ¿Y aunque se decidiese á ello consentiría Genoveva, aquella Genoveva que presentaba su frente á la amenaza como un martir

tiende su cuello bajo la cuchilla del verdugo? La inquietud de Enrique se hacía mayor por momentos. ¿Y por qué no había de tratar al tal infame como si fuese un perro rabioso? En la amenaza de aquel hombre se veía una resolución feroz: pues bien; había un medio, oponer la fuerza á la fuerza.

Efectivamente. Monerol estaba resuelto á todo. Publicidad, polémica, escándalo, cuantos medios se le ofrecieran, por sucios que fuesen, los aprovecharía para sus fines. Necesitaba antes de un mes poder comprar un establecimiento, mitad teatro y mitad barraca, que le ofrecían en condiciones ventajosas. Y lo conseguiría. Genoveva facilitaría el dinero. Amenazaría á la viuda y al hijo con la opinión pública—esa jauría aulladora:—el prójimo, el vecino, el amigo. Había encontrado una ocasión y se proponía afrontar el problema de frente. En su carta lo anunciaba descaradamente. O recibía los cuartos ó enviaba papeles timbrados. ¡Y adelante con el proceso! El comprometería á aquella mojigata de Elena aunque rehusara. Entre la turba de arruinados no le faltaría un abogado poco escrupuloso que se encargara del asunto y rompiese el fuego de la batalla.

Estaba decidido, convenido, resuelto. Monerol tenía un mes—¡y era sobrado tiempo un mes!—para combinar con éste alguna infamia. Cualquier procurador, cualquier ruina de algún bufete podía servirle de colaborador. No conocía ninguno, pero ya buscaría. ¡En un mes, en treinta días, hay tiempo para todo!

Los Roquevert tenían un mes para considerarse en salvo.



Por otra parte, Monerol no dejaría pasar los días en balde.

Se dedicaría con actividad á recorrer todos los garitos desde los cafés á que él acostumbraba á ir hasta casa Pulcherie.

—¡Ah, los tales Roquevert! ¡Ya verían, ya verían! ¡Lo sensible era que no viviese aquel famoso pillo de Santiago!

Una tarde, sintiendo su estómago cargado, las piernas flojas y la cabeza pesada después de un almuerzo abundante, que no había pagado, el cómico se fué á su casa, pasaje Brady, á esperar la noche.

Necesitaba descansar.

Monerol encendió su pipa, se tendió sobre su cama, y allí, entregado á la molicie de aquella especie de siesta habitual, viendo subir el humo del tabaco, se distraía en pensar lo que iba á hacer, en calcular la cantidad redonda que obtendría de Genoveva después de aquella última exigencia brutal, y en el empleo que la daría.

Mientras así se entretenía haciendo planes, una sonrisa infernal se dibujaba en sus labios, y ya se veía comprando—esto sería una nueva industria—un café, ¡ah! un café soberbio, ó un teatrito de las afueras, mandando á su antojo y ordenando á su alrededor con una tiranía brutal. La vida le parecía ofrecerle aún un encanto inesperado. Habiendo heredado de Roquevert, Genoveva dispondría de sumas considerables. Enrique estaba al lado de su madre; pero á despecho de este Monerol, conseguiría de ella lo que quisiera. En cuanto Genoveva recibiese su amenaza era indudable

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

que obedecería. Sólo necesitaba esperar. Si por otra parte ella resistiera, el proceso que Monerol se proponía entablar la haría entrar en razón. Dicen que la ley hace temblar á los bribones. ¡Ah! ¿y á las gentes honradas?

—¡Vaya—se decía Monerol—preveo un buen desenlace! ¡No desempeñaré mal el último acto!

Y lleno de vanidad se hinchaba, tranquilo y acariciado por la perspectiva de una vida materialmente asegurada.

Soñando en el porvenir sentía un calor agradable. Aquel tabaco que al irse á casa había comprado en el boulevard Sebastopol á una vendedora gruesa á quien galanteaba, era muy bueno, superior; con aquel tabaco Monerol se encontraba satisfecho. ¡Qué tenía de extraño aquel calor que se sentía en su habitación que era estrecha y baja de techo!

Sí, decididamente, allí hacía un calor insoportable.

Lentamente y con dificultad, como congestionado, dió algunos pasos para abrir los cristales de la ventana y respirar.

Mas de repente, asustado, dió un grito, como un aullido ronco, espantoso. Su mano, aquella mano con la que sostenía la pipa, le quemaba tanto, que tuvo que dejarla caer en el suelo, donde se hizo pedazos.

Luego se miró la palma de la mano como si buscase la señal de algún mordisco.

Nada.

Nada; pero el dolor era terrible é iba en aumento.



—¿Qué es lo que tengo?—se dijo Monerol.

Era una angustia extraña que de pronto le acometía como si le ahogase, causándole un miedo atroz.

Se volvió á mirar la mano. ¿Estaría alucinado? Aquella mano echaba humo como un objeto que se consume. Por todos sus poros parecía salir una especie de vapor caliente, y pronto Monerol vió con espanto y erizándosele el cabello, llamas—sí, una llama comparable á las de un ponche ardiendo—que cubría aquella mano que parecía hincharse.

¡Fuego! ¡Era fuego! ¿Podía ser? Penetrante olor de azufre se desprendía, y Monerol asustado se dirigió al lavabo, donde, después de echar todo el jarro del agua, sumergió su mano, sintiendo con aquella frescura un alivio que le hizo sonreir.

Contemplaba esta sonrisa reflejada en el espejito roto y con marco de caoba que tenía delante, cuando de pronto se asustó nuevamente al ver que la sonrisa aparecía en una cara rojiza y como tumefacta.

—¡Pero bah! ¡Aquello no era nada! Una quemadura en la mano y la cara congestionada. Esto era todo. A lo que creía, la pipa había como penetrado en su carne, y seguía con la mano derecha sumergida en el agua fresca. ¡Le parecía que aquella agua estaba caliente! Sorprendido la tocaba con la mano izquierda. ¡Sí, el agua quemaba, ardía!

Y el vapor sulfuroso que de ella y de todo su sér se desprendía, continuaba en aumento.

—¡Vamos, vamos!—se dijo Monerol con una angustia espantosa.—¿Estoy borracho ó estoy loco?

Miró su mano izquierda. Como la otra mano, como la derecha, también ardía, rodeada de aquel olor sulfuroso, de aquella llama azul.

Todo azorado y gritando, Monerol quiso correr á la puerta pidiendo socorro.

—¡Socorro, socorro! ¡que me quemo!

Pero ¡oh terror! las fuerzas le faltaron. No podía avanzar y le parecía que aquel cuartito era inmenso, infranqueable. Veía con horror que sus piernas no le obedecían, que sus pies estaban como adheridos á los rojizos ladrillos del suelo.

—¡Socorro, socorro, socorro!

Nadie le oía.

En aquella hora el hotel estaba sin gente y los criados subían pocas veces á los pisos altos. Aterrado, el infeliz sintió los horrores de una muerte infernal, allí en la soledad de su habitación, producida por un rápido incendio que ya le llegaba desde la cabeza á los pies.

Se golpeaba el pecho; sus vestidos, como impregnados de alcohol, ardían con una llama movible, morenuzca, corriendo como un reguero de petróleo.

—¡Socorro! ¡Pero socorro, animales! ¡Ah, brutos! ¡Son capaces de dejarme morir!

Y junto al lavabo, apoyado en él para no caer, sumergía la frente, las manos, los labios en aquella agua que abrasaba y que—cosa horrible—parecía activar la llama. Por sus brazos, por su cuello, por sus mejillas, sentía correr con dolor tremendo, una grasa caliente. Se volvía loco, se arrojaba al suelo, desatinado, aullando, arrastrándose por el rojo pavimento; su epidermis se iba carbonizando, dejando al descubierto el dermis; de todo su cuerpo salía una serosidad rojiza, se desprendían las uñas de sus dedos. ¡Y nada! ¡Nadie le auxiliaba! ¡No había remedio! ¡La muerte, una muerte horrorosa! Se ponía furioso, quería levantarse y correr hacia la puerta, que ya no distinguía, siempre rodeado de aquella especie de fuego fatuo, y concluyó por caer dando alaridos crueles, retorciéndose y en medio de las convulsiones de la más atroz de las agonías.



Y aquella combustión activa é implacable iba devorando su cuerpo minado por los espirituosos. La ignición se infiltraba en todas las fibras. De aquel montón de carne y harapos ardiendo, entre los gritos salvajes y guturales, gritos trágicos y angustiosos que no llegaban al exterior, se desprendió una llama lenta, azulada y siniestra que llenaba el cuartito de un humo espeso, negro, nauseabundo y que como una lluvia fétida caía sobre la cama, las sillas de paja y demás objetos.

A los ronquidos estertorosos, sucedió un silencio profundo, el silencio de la muerte, y el ser humano desapareció quedando convertido en una masa informe carbonizada.

En aquel sitio, de agonía lenta, no debían penetrar hasta el día siguiente, á la hora en que el mozo acostumbraba á hacer la limpieza del cuarto; al entrar retrocedió ante el olor nauseabundo que se escapaba de aquella cámara de incineración.

Pronto acudieron la policía y un médico, procediendo á recoger los restos medio quemados, una especie de carbón ligero, porciones de sustancia cerebral, restos de vértebras, como los que se

dice que se encontraron en Madrid en el Quemadero de la Cruz.

El médico movió la cabeza y pronunció algunas palabras que parecieron raras á los que las escuchaban.

—Estado idio-eléctrico, desarrollo de un gas inflamable en el cuerpo humano, exceso de materia grasa.—Fenómeno exclusivo de la especie humana, puesto que los animales no absorben espirituosos.—Someteré el caso á mis colegas que no admiten la existencia del hecho.....

—De modo, doctor—dijo el comisario—que la causa de la muerte es.....

—La combustión espontánea.

. . . . . .

Después de muchas vacilaciones Enrique se decidió por fin á presentarse á Monerol con objeto de intimidarle. Esperaba que la audacia de aquel miserable no resistiría su cólera. Monerol había sentido ya el peso de su mano y se había visto medio dominado. Su amenazadora carta indicaba las señas de su casa. El portero del hotel del pasaje Brady miró con sorpresa á Enrique; preguntaba en qué piso habitaba Monerol, y se mostró muy contento de que se le presentase una nueva ocasión para referir la historia de la *combustión* del huésped. ¡Cómo! ¿No conocía ya todo el mundo el hecho relatado por un periódico? Desde que aconteció habían acudido para verlo muchos curiosos y médicos y hasta gentes de posición elevada, pues, según decían, el caso era muy raro. El portero se mostraba verdaderamente orgulloso. Al oir aquello Enrique experimentó cierto pavor, como si retro-



cediese ante una fatalidad inesperada. ¡Ni una invención dramática le hubiese producido el efecto que aquella espantosa realidad! Era horrible aquella supresión brutal de un ser, ardiendo como las ropas de un infeccioso rociadas de petróleo. Ante aquella espantosa revelación quedó como aplastado. Después preguntó con ansiedad si Monerol había dejado alguna cosa, si se habían hallado papeles ó algún indicio de su vida anterior. Nada habían encontrado. Los cajones estaban vacíos, los bolsillos de su ropa también. Monerol lo llevaba todo encima.—«Y en el caso de que llevase muchos billetes de Banco, era una desgracia, porque todo había ardido con su persona.»—En tono burlón, añadió: «Lo que es dudoso es que llevase muchos valores en su cartera.»—De modo que no quedaba nada de Monerol, nada de lo que atestiguaba el pasado de Genoveva. En realidad, aquella trágica desaparición era un golpe de la fortuna. Enrique quería obligar á aquel hombre á que callase, á que se fuera. Lo imprevisto había hecho más: suprimirlo. Había bastado un poco de humo para que de aquella amenaza viva, de aquel peligro de carne y hueso sólo quedaran restos informes. Dominado por el estupor, el mismo Enrique temblaba. Le parecía que sus deseos de muerte, mentalmente lanzados contra aquel miserable, habían sido oídos por el destino, y que por este hecho tomaba él alguna participación en aquella tragedia innoble. ¿Era posible? ¿Acaso lo que las imaginaciones novelescas fantasean se convierte en realidades de la vida? El portero le ofreció enseñarle el cuarto donde Monerol se ha-

bía quemado: Enrique rehusó alegando que le repugnaba.

—Después de todo, tenéis razón—dijo el otro.—A pesar del cloro y del ácido fénico, el olor de grasa se sube á la garganta. ¡No deja de tener gracia que uno pueda freirse así como un pescado!

Enrique se alejó como perseguido por una pesadilla. Y sin embargo, ya no tenía que temer nada de aquel hombre. Pero le parecía que sus ropas estaban impregnadas de aquel olor de que el portero había hablado. Si Enrique hubiera sido testigo de aquella horrorosa escena no la tendría más presente en su imaginación. La veía tan bien con sus detalles terribles que la hubiera podido pintar.

—Ese hombre ha muerto—dijo á su madre, bruscamente, en cuanto la vió.

—¿Quién?

—Monerol.

Ella fijó en su hijo sus ojos mortecinos, que en aquel momento centelleaban.

—Enrique—le dijo lentamente—el duelo es un crimen espantoso.

—¡Oh!—replicó—¡no soy yo quien le ha matado!

En pocas palabras refirió lo sucedido, y Genoveva, dominada por un terror instantáneo, que puso convulso su descolorido rostro:

—¡La muerte de un condenado!—dijo.

Luego, con paso débil, fué á encerrarse y á postrarse para rezar ante el Cristo de marfil.

Elena tuvo noticia de la agonía siniestra del antiguo actor por las conversaciones que oyó en el



teatro. Poco le faltó para desmayarse, siéndole preciso toda la energía de su corazón para soportar la idea de que aquel miserable, de quien allí estaban hablando con toda clase de burlas y de denuestos, era su padre. ¡Su padre, aquel bruto humano, aquella carne alcoholizada, aquel ser que de tal modo había terminado!—«Era lo que se llama un *grog* ambulante»—había dicho el pequeño Duret entusiasmado con aquella frase. Pepezat recordaba haber conocido en otro tiempo á Monerol. Era un hombre malo, celoso, pendenciero, insolente. Y á todo esto sin nada de talento. Ni el terror de aquella muerte hacía que se olvidasen los rencores que el cómico se había conquistado. Un suplicio como el que sufrió no borró su vida. Elena escuchaba y temblaba pensando lo que había debido sufrir Genoveva, á la que dedicaba por lo bajo palabras de piedad.

Al presente la postración y la tristeza no dejaban á la pobre joven. Al decir á Marcy la verdad, había estado muy resuelta, mas aquella especie de ruptura impuesta le había arrebatado así como una esperanza inconsciente. Felipe aparecía menos en su vida. También él temía á aquél amor sin término favorable á sus deseos. ¿Para qué verse con tanta frecuencia si cada nueva entrevista resultaba triste como el pesar? Voluntariamente él se encerraba, se enclaustraba en una especie de misantropía salvaje, no leyendo nada, sin inquietarse por ninguna cosa, y quizá hasta ignorando que Cordier había curado de su herida, y que trasladado al Mediodía, para restablecerse de la anemia consiguiente á la gran pérdida de

sangre sufrida en el duelo, le había seguido Sabina. ¿Qué le importaba esto á Felipe? Para él aquella mujer había muerto. Así lo decía y se lo repetía al menos, pero en el fondo la llaga no cicatrizaba. ¡No olvidaba á aquella Sabina, recuerdo de su juventud y de sus esperanzas que se encarnaron en aquella seducción! Además, la presencia de Andrés se la recordaba. Conforme crecía el niño presentaba más visibles los rasgos de la madre. Mamá Valeriana estaba celosa y triste de esta semejanza.

—«¡Con tal que no se le parezca en el corazón!» No, el niño era bondadoso, de inteligencia despejada, y ante él Felipe se esforzaba por sonreir contestándole cuando alguna vez le preguntaba si *mamá* volvería pronto del viaje:

—Sí, pronto, pronto.

Transcurría el tiempo; Felipe no se complacía ya tanto en aquellos *tête à tête* con su hijo. Hasta huía de las conversaciones con la abuela, que sufría mucho viendo sufrir á su hijo. ¡Ah, si aquella afección consagrada á Elena no hubiese sido (con razón lo había dicho la joven) un amor imposible, quizá Marcy hubiese podido renacer. Pero no, estaba condenado á vivir en la soledad. Un hastío profundo se apoderaba de él, su brazo caía como cansado ante el lienzo. Trabajando casi maquinalmente, acabó aquella figura comenzada en la que parecía darse á conocer su misma desolación. Nadie la había visto, nadie quizás vería aquella figura, que ni siquiera terminaría completamente. No lamentaba la ausencia de Charrière, sólo ansiaba su desesperado aislamiento. Y así, solo, encerrado



con su pasado, sentía en cierto modo correr materialmente por sus venas la amargura de los recuerdos, experimentando intensa alegría al recordar sus esperanzas defraudadas, sus ideales por el suelo llenos de polvo, las estatuas que había soñado de mármol y que resultaban de yeso.

Un día se presentó Francisco en su casa. Observando el escultor á Felipe le pareció verse por el estrago del dolor que en él se reflejaba. La cara llena y picaresca de Charrière se había desfigurado de un modo raro y como si estuviera enfermo. Aquel excelente compañero de otras veces, irónico, ocurrente siempre, parecía víctima de los contratiempos, estaba flaco, viejo y triste, sin saber siquiera compadecerse de Felipe. Si había ido á verle era por casualidad, andando errante de uno á otro lado, abatido, descorazonado y dominado por el fastidio.

—¿En qué te ocupas?—le preguntó Felipe.

—En nada.

—¿Y tu Venus?

—¡Pasó á la historia! Empiezo á creer que tu amigo es un Tortempion. Recuerda lo que antes te decía. ¡Yo no conocía mi capacidad!

Todavía conservaba su genio chancero, pero de sus labios salían las frases con cierta fatiga y amargura. La ironía resultaba sin expresión como el sonido de una campana rota.

—¿Y tú?—preguntó á su vez.

—¿Yo? Me contentaría con poder vivir lo bastante para educar á mi pequeño Andrés y hacerle hombre. Después de haber soñado con Alhambras, me daré por satisfecho con el pan de cada día.

—En rigor, esto es todo lo que el hombre necesita — respondió Charrière. — Si uno discurriera mejor, se limitaría á ser un modesto aldeano viviendo allá en un apartado rincón, en la seguridad de llegar á viejo, lo que, en verdad, no es muy envidiable. Pero hemos tenido aspiraciones; ¡como ha de ser! Y después de haber sido joven y batallador, y haberse forjado muchas ilusiones, llega uno á tocar los desengaños, aplastado, debilitado y con aspecto de duelo..... ¡Ah! ¡las mujeres! ¡Bonita invención! ¡Parecen creadas para inspiraros las grandes obras é impediros luego el realizarlas!

Al hablar así, dejando desbordar su cólera acumulada, presentaba á la mujer, querida ó esposa, como un obstáculo muy frecuente, que destroza con su manecita á su presa, al hombre, al enemigo, al dueño aborrecido aun en medio de su amor. Hablando de aquel modo se echaba de ver la injusticia del vencido. Olvidaba el honrado hogar del amor en el que las madres, las hermanas, las esposas, alimentan la eterna llama como un fuego sagrado. Él se había entregado por entero á aquella fría muchacha, Lucy Vaughan, la imperturbable inglesa, que seguía su camino tras la fortuna con la regularidad de una máquina, sin que de sus frescos labios desapareciera la sonrisa eterna, ni de sus dulces ojos la impasibilidad sin igual. Había creído encontrar en ella lo que perseguía en su pasión, como Felipe lo buscaba en la calma: la inspiración, el espolazo, el afán dichoso por el trabajo activo, todo lo que constituye la alegría de la vida, el placer de sentir y de crear. Y ella, tomando á Charrière como un medio, como un escalón, se dejaba amar, lo atraía y lo encadenaba con la fría y poderosa seducción de su belleza marmórea. Y cuando ya lo consideró dominado, satisfecha de verse la más fuerte en aquel incesante duelo que quería continuar con el hombre, Lucy Vaughan lo abandonó, se dedicó á otras conquistas, buscando otro porvenir, encontrando extraordinariamente sencillo á aquel mocetón que se entregaba sin reserva, mientras ella lo hacía á medias, y cansada ya de aquella especie de admiración en la que el artista confundía, trastornado por un culto excesivo, la pasión por su querida y la fe que tenía en su obra. En esta situación, perdida su independencia por aquel amor, Charrière se dejaba arrastrar cada día más por aquella corriente llevado por un vértigo delicioso. Trabajaba con ahinco, con febriles sobresaltos, destruyendo al día siguiente lo que había hecho la víspera, comparando asustado la desproporción que observaba entre su sueño y la realidad, entre la Venus escultural y la Venus viva, entre la tierra amasada y el admirable esplendor de Lucy Vaughan. Y de tal modo estaba apasionado por la inglesa, tal sed tenía de sus caricias, que, traficando con su talento, vendía á los comerciantes de objetos de arte figuras improvisadas, ejecutadas de prisa para la venta y que le servían para poder colgar un adorno al redondeado cuello de la inglesa, ó una esmeralda en el satinado dedo, pretendiendo de aquel modo, él, que era un artista pobre, rivalizar con los que le disputaban aquella mujer. Y la fe en su primera inspiración, la con-

fianza en sí mismo desaparecía con aquella producción insensata, con aquel trabajo de bestia de carga, con aquel derroche y aquella postración de sus fuerzas. De tanto como amaba á aquella Lucy casi llegaba á aborrecerla. Maldecía aquel amor de casualidad que hacía de él una especie de caballo de tiro enganchado á aquella otra especie de carretón, la escultura, desempeñando con desesperados esfuerzos su tarea de jornalero. Lo que sentía era que Lucy se le escapaba, que había ya quien estaba dispuesto á arrebatarle, como un objeto de arte, pujándolo, aquella hermosa joven que su inactivo cincel había de inmortalizar. ¡Ah! ¡cómo habían fracasado tan hermosos proyectos! ¡Qué inútiles ambiciones! Le quedaba á Charrière la habilidad de su mano, el ardor febril del hombre que trabaja por terminar una obra y recoger el salario, la facilidad en la ejecución en fuerza de la costumbre; pero su estatua ideal la había destrozado como á sí mismo, renunciando á aquella Venus de la que en otro tiempo decía:—«Yo no haré más que esto, pero si lo hago, habré dejado un nombre.»

En vano pugnaba y hacía bruscos esfuerzos por reponerse de su caída. El recuerdo picante del amor de Lucy se le introducía como un hierro candente. Desprenderse de él era imposible. La dulce, la deliciosa y mortal visión le perseguía. Se alejaba de ella y volvía suplicante, abriendo el maldito *boudoir* con un puñado de aquella plata que el sudor de su frente y la sangre de sus venas acaparaban.

Por otra parte, hasta le agradaba aquello, ser



un simple obrero y un artesano, como un reto al frenesí por los goces materiales de su tiempo. La pobreza de aquel mundo de artistas con quienes diariamente alternaba le había contagiado. Arrastrado por la corriente, parroquiano de la *Antigua Esparta*, de los restaurantes en que con la estética corría el ajenjo, todo le daba náuseas. Disgustado y solitario, pasaba por aquellas asociaciones de mutua admiración, cuya consigna era *Ver como bueno lo nuestro y despreciar lo de los demás*. Despreciaba aquellas adulaciones impudentes y llenas de envidia; le indignaban aquellas hipócritas palmaditas en el hombro que ocultaban arañazos, aquel falso compañerismo, y á los cuarenta y cinco años, tratado ya de *burgrave* por los novicios, sintiendo que se hundía y que cada día le llegaba más arriba el agua, el pobre Charrière recordaba, como el náufrago que á lo lejos divisa su barco, los años de su juventud, sus amorcillos primeros, sus paseos por las calles admirándose de todo, las rivalidades de estudio, los de Drolling yendo á la calle Duparre para burlarse de los de Picot.....

¡Todo el pasado, compañeros muertos, costumbres olvidadas, esperanzas frustradas, sueños convertidos en humo! Y en vez de esto el aislamiento, la impotencia enervadora, la miseria casi en medio de una generación de pintores elegantes, dueños de hoteles, caballos, coches y criados de corbata blanca, haciendo la vida de la *high life*, preocupándose más del triunfo de la Bolsa que de la apoteosis del Panteón, y mirando como un tonto á aquel premiado de Roma descen-

diendo desde la villa de los Médicis hasta las cervecerías, desde las cuales, situándose en las inmediaciones del *Teatro del Boulevard*, podía ver de lejos á Lucy Vaughan bajar de su carruaje y luego precipitarse para hablarla.....

¡Sí, un tonto! este era el calificativo que se daba también Charrière. Pero con amarga satisfacción se decía que ya era tarde y que era preciso ir hasta el fin una vez que su vida iba desmoronándose. ¡Bah! siempre le quedaba la habilidad de sus dedos que le permitiría trabajar para el comercio. Después de todo, haría lo que los demás, y Lucy Vaughan, en sus horas perdidas, podría seguir acudiendo para hacerle la limosna de su belleza. De aquella manera llegaba á las más degradantes concesiones. Él, que ante la burla más insignificante hubiera saltado á la garganta de un hércules, ante aquella mujer era un cobarde. Se le veía rondando por las cercanías del teatro, andar de un lado para otro durante el espectáculo, y no sabían que, pegado allí contra la pared como una sombra, se retorcía los dedos de rabia cuando notaba que Lucy Vaughan era esperada por otro y que con éste se marchaba al galope en su carruaje, descubriéndola á medias cuando pasaba bajo alguna farola por el brillo de los diamantes que adornaban sus orejas.

Entonces, ciego de cólera, Francisco se pasaba la noche en la calle devorando sus rabias y su agonía y rondando sin ir á su casa. Se iba á los antros que permanecían abiertos y á los restaurantes, donde mataba las noches en medio del escándalo y del olvido. Iba de los boulevares á los mercados, encontrando una poesía especial en aquellas calles desiertas, en aquel viento frío que circulaba por París dormido, y como un sonámbulo, cual guiado por una mano fatal, se situaba bajo las ventanas de la casa de Lucy, boulevard Malesherbes, y permanecía allí, agitado por pensamientos feroces de venganza y asesinato; luego huía, alejándose de aquella fachada, de aquellos balcones cerrados, para sacudirse estas terribles ideas, y después enfangándose en aquel cieno que le alegraba, amasaba barro ó dibujaba en las tabernas llenas de miseria donde se albergaba la turba de holgazanes y de gente ociosa junta con los barrenderos, traperos, saltimbanquis, tocadores de organillos, desechos de artistas, vendedores de chucherías baratas, pobres desvergonzados, todas esas variedades de parias que en las simas sociales son lo que los moluscos en el bajo fondo del mar, y que más que vivir vegetan.



Luego el escultor terminaba por volver al *Teatro del Boulevard*, atraído por Lucy como por un imán. Había trabado amistad con el grueso Brecheux, que también sentía bajo sus pies el ruido sordo de la catástrofe. La desgracia se ensañaba con aquel pobre diablo de buen hombre, arrojado en plena vida de teatro como en una corriente que no puede remontarse. Dutilleul, el sucesor de Brecheux, había sufrido un terrible contratiempo en sus negocios, y como en ellos llevaba una gran parte Justo, azorado ante aquella pérdida el hoy empresario se preguntaba cómo Dutilleul había podido en tan poco tiempo comprometer un establecimiento de tanto crédito. ¡Ah! el antiguo ca-

jero de la casa, cajero después del teatro, había, sin embargo, hecho cuanto había estado de su parte para hacer ver al principal..... Si había dejado la caja en el boulevard Sebastopol, era porque, como él decía después, se había apercibido de que allí iba á *pasar algo gordo.* Pero Brecheux no se daba por entendido, y no era cosa de que el cajero fuese traidor á uno de los dueños para favorecer al otro.

A Brecheux le tocaba «abrir el ojo.» ¡Abrir el ojo! ¡Si no le quedaba tiempo al desgraciado engolfado en el infernal negocio del teatro! No comía, ni dormía, sudaba, se ahogaba y se veía enflaquecer y que la cabeza le daba vueltas continuamente. Nada prosperaba. Las obras no producían dinero.

El drama *Luis XV,* puesto en escena después de *Juana Michelin,* había hecho fiasco, y la desgraciada producción de Alejo Brecheux, el debut del hijo prodigioso había sido recibido con risas y carcajadas en los pasajes más patéticos. Con todo su talento no le había sido posible á Elena Gervais salvar la obra de la ironía de los espectadores. El estilo sobre todo divertía grandemente al público.

A la salida se repetían las frases del drama nuevo que más *sensación* habían hecho: «Una mujer no tiene miedo de bajar á la tumba cuando no teme perder la vida.—Si todos los hombres fuesen hermanos la humanidad sería una gran familia.» ¡Cuánto se habían reído! ¡Y cómo habían marcado algunas simplezas épicas del pobre Alejo! El infeliz, todo afligido, estaba en un rincón secándose las lágrimas, mientras que rojo



de cólera, mostrando el puño cerrado desde los bastidores, el padre decía á todo aquel público:

—¡Son unos imbéciles, envidiosos! ¡Pero todavía no hemos concluído! ¡Envíame mañana otra obra tuya para darla á copiar! ¡Yo la represento en contra del parecer de esa gente, del de la Sociedad de Artistas, del tuyo, del de todo el mundo!

Y entre las mismas risas, el segundo drama se hundió también, dejando aplastado á Alejo y á Justo furioso. Ya se iba sólo al *Teatro del Boulevard* para tomar las obras á guasa, para *patearlas.* Después de comer se iban á este teatro para pasar alegremente el rato, como podían haber ido á un café cantante. Era la moda. El buen tono exigía ridiculizar como entretenimiento durante las comidas las frases de las obras de Alejo que se habían hecho más célebres: «El crimen no tiene nada de común con la virtud, ni siquiera el nombre.»

Justo Brecheux no comprendía nada de aquello. Sin embargo, le sonaban bien aquellas frases atrevidas. Pero comenzaba á creer lo que Roblot. El público no era partidario del drama.

—¿Lo estáis viendo?—decía el director.—Sólo las operetas dejan dinero.

¡Las operetas! Al grueso Brecheux no le gustaban. Este espectáculo no era de su tiempo. Hubiera preferido los antiguos vaudevilles con sus couplets y su música interesante. Pero sin embargo, ¡si la opereta era la diversión de moda!..... Alejo haría operetas, y esta vez por lo menos si el público se desternillaba de risa en sus asientos se sabría

por qué. La actual compañía podía en todo caso convertirse fácilmente en una de opereta. Claudina Hard tenía voz, el pequeño Duret era buen músico, Gardonne *diría* los rondós en lugar de cantarlos, y en cuanto á Pepezat..... ¡eh, caramba! Pepezat había empezado su carrera por la ópera cómica, y de este modo volvería de nuevo á su elemento. Pepezat encontraba también que el drama no privaba ya. No había recibido ningún billete amoroso. Las mujeres no acudían. Tenían razón. ¿A qué llorar? Esto pone los ojos encarnados.

Quedaba la señorita Gervais..... pero á las primeras palabras que le dirigió Brecheux respecto al asunto, Elena pidió rescindir su contrato. En aquel teatro se ahogaba y se aniquilaba. Después de su gran triunfo en *Juana Michelin*, no le habían señalado ningún papel en el que pudiera lucir su talento. Notaba claramente que en el teatro de Brecheux pasaba desapercibida. Sólo de paso la dedicaba la crítica algunas palabras. El público no se preocupaba ya de ella. Verdaderamente lo que ella prefería era dejar París, ir á provincias, á cualquier parte antes que seguir allí inutilizada en aquel teatro cuya caída se veía próxima.

Pablo Guerard, el autor de *Juana Michelin*, tenía admitido un drama en el Odeon, y como agradecimiento á la admirable intérprete de su primera producción le tenía prometido «el papel» de su próxima obra.

—¡Pues bien, nuestro Guerard es un farsante—dijo una tarde Brecheux á la actriz.—El papel está ya repartido, así lo anuncian los periódicos.



—¿Y quién lo representa?

—¡Clotilde Verrier!

En el teatro, como en la vida, tropezaba, pues, siempre con aquella mujer.

—Poco importa—replicó la joven—yo encontraré otro.

El ajuste quedó roto, y el *Teatro del Boulevard* se transformó en teatro de operetas. Brecheux jugaba en aquella transformación su última carta, porque Dutilleul se hundía decididamente y le arrastraba en su caída. La casa Brecheux desapareció dejando un pasivo considerable.

¡Pero con una opereta que tuviera éxito podía pagar todo! Era bastante extraño que aquel condenado teatro hubiese de servir para sostener el establecimiento de hojalatería. El pobre Brecheux razonaba como un jugador comprometido en una partida de baccarrat. Contaba para salvarse con la casualidad, con un golpe de la suerte.

La primera opereta, una parodia de *Guillermo Tell*, en la que se veía al Guillermo de la leyenda transformado en hostelero suizo tiranizando á Gessler convertido en un tourista austriaco era una bufonada y no fué bien recibida. Brecheux comenzaba á temblar.

Después probó á dar funciones de magia, contrató muchachas bonitas, adquirió trajes á propósito y todo cuanto era necesario, y con el corazón oprimido y lleno de angustia se lanzó á correr este nuevo albur. Las decoraciones, los trajes, todo le costaba caro. Como le censuraron su economía, el hombre grueso, para demostrar que no era avaro, bajó la cabeza y se lanzó á derrochar.

¡Qué Dios nos asista! Era preciso á toda costa salvar á Dutilleul.

En la nueva obra trabajaba Lucy Vaughan, que debía aparecer en traje de hada de las aguas, reluciente de pedrería. Charrière lo sabía y pidió á Brecheux que le permitiese entrar en el escenario. Brecheux, absorto, pálido y ansioso como quien espera una sentencia, accedía á todo, y él mismo sirvió de guía al escultor maquinalmente y como para no pensar en nada aturdiéndose. Los bastidores estaban llenos de comparsas con trajes centelleantes, y de bailarinas disfrazadas de escarabajos y de otras especies de animales, pareciendo aquello una inmensa colmena. El director hacía sus advertencias con muy mal humor: —«¡Menos escándalo los escarabajos! ¡las legumbres á la derecha!» —Pero todo aquel movimiento parecía operarse en una atmósfera de ruina. De todo aquel lujo, Charrière no veía más que las lentejuelas y las gasas. Roblot, nervioso, y Pepezat, sin voz, se cruzaban con el viejo Jovelin, invariable en su monólogo: —«¡Ah, miserable! ¡Ah, canallas!»

En lo alto, apoyados en los travesaños y con enormes paquetes de cuerdas, los maquinistas estaban dispuestos. Se veían los lienzos pintados de azul colgados para servir de cielos. Y más arriba, en la bóveda, medio desnudos, sin camisa, como los panaderos amasando el pan cuotidiano, otros maquinistas, invisibles para el público, arreglaban la inmensa maquinaria del teatro.

Escurriéndose y evitando los encuentros, tan tímido como si fuese un intruso en aquel teatro, en que él pensó hacer una revolución artística, aquel



mocetón de Alejo andaba saludando á todo el mundo y sufriendo los empujones de aquella multitud abigarrada.

Los autores de la magia (eran cuatro) recomendaban gravemente á los actores, á Gardonne, á Pepezat, que *respetaran su prosa.*

¡Ellos habían calculado ya el verdadero sentido de sus palabras!

Y Gardonne murmuraba en voz baja:

—¡Vamos, se creen otros Corneille!

El cómico movía la cabeza tristemente, adivinando, con su olfato de viejo marinero dramático, que la mar estaba mala y que se iba á trabajar sin entusiasmo, ante un público escaso y donde todo era triste: la orquesta, la música y aun la misma claque, hacían el efecto de una ducha ó de la paletada de tierra sobre un muerto.

Entre aquel multicolor hormigueo, Charrière buscaba á Lucy. Preguntó en el corredor dónde estaban los cuartos de los artistas, y por puertas entreabiertas podían verse trajes colgados, ropas por el suelo, el principio de una espalda empolvada, cabelleras sueltas, brazos desnudos..... Lucy Vaughan no estaba en su cuarto, en aquel cuarto que todavía tenía en la puerta el nombre de la *señorita Gervais*, y del que ahora se había apoderado la inglesa, del mismo modo que la magia había desposeído al drama.

—¡Está en la trampa, caramba!....—contestó Roblot.

—¡Es verdad! me olvidaba—dijo Brecheux—que no sabía dónde estaba.

Hizo seña á Charrière, y por una escalerilla lle-